



Ana María Fagundo

Antología

Índice

Brotes
 Cansancio
Isla adentro
 La ilusión
Diario de una muerte
 Otoño, VIII
 Primavera, I
Configurado tiempo
 El rayo de luna
 Elegía de la hierba
Invención de la luz
 Canto
 Necesidad
Desde Chanatel, el canto
 En Londres, en primavera, yo espero a que las mujeres
Como quien no dice voz alguna al viento
 Ser de la materia
 Cárcel de la materia
 El pozo
Retornos sobre la siempre ausencia
 Bautizo

Renovado diciembre
Meditación en torno al castillo de Jadraque
En pos del canto
El sol, la sombra, en el instante
Su creación
Canto del ser
Canto de vida
Isla en grito
Canto de amor
El cielo rutilante del sur
El naranjo frutecido
Clarín de amaneceres
Arcos triunfales
Trasterrado marzo
Mi presencia
Aún hay tiempo
La catedral
Segundo autorretrato
Momento
Sol mañanero
Las hojas amarillas de la morera
Adelfas blancas
Amanecer con pájaros
Palabras sobre los días
Gino y Spec
Ebriedad de abril
Hojas en otoño
Muerte: 24 de junio de 2001
Torres gemelas
Ternura
Las manos vacías
Aliados y desaliados
La guerra no ha terminado
Fantasía

Brotos

Cansancio

Lo anhelado se deshace
en cuerdas de sombras,
en mohínas cascadas de tinieblas,

en bruma,
en canto tristemente inacabado.
Y no queda en los confines
ni polvo,
ni soplos,
ni puñados sonoros
con que trenzarse a los vientos.
Una mano inmensa de dejadez
agobia las horas,
las tiñe de carne de bruma,
las adelgaza,
lo cierne todo en lo espigado
del sueño.
Lo anhelado se deshace
en mantel de luz
sin frutos,
con manjares de siglos de cansancio.

Isla adentro

La ilusión

Ilusión, qué alegre vas
con esas sandalias blancas,
esa cintura de brisa,
esa sonrisa de alas.
Ardorosa jovencilla
con tu brazada de rosas
y tu luz recién podada
caminando por la senda,
alegre como las aves,
cantarina como el agua.

Ilusión, novia de blanco,
tu novio no está en la iglesia,
ni en la nube, ni en la hierba,
ni en la luna que se ha puesto
su vestimenta morada.

Tu novio ya no te espera
y en tus sandalias de espuma

ahora se enredan las algas
y en tu risa las gaviotas
ponen una nota lánguida.

Ilusión, qué sola vas
con esas sandalias blancas,
esa cintura sin brisa,
esa sonrisa sin alas.

Diario de una muerte

Otoño, VIII

Muerte, tú, la injusta, la engañadora,
la que nos va minando lentamente
sin que sepamos cuándo o a qué hora
trastocarás futuros en presentes.

Muerte, tú, la horrenda constructora
de ilusos paraísos permanentes
y de justas llamas castigadoras,
la siempre acompañada, la silente.

Te estoy viendo llegar ya disfrazada
bajo el murmullo sombrío con que andas
por sus venas dolidas y su cara.

Te estoy viendo llegar a tu venganza
mas no me vences, no, porque me afianzo
en mis firmes tenazas de esperanza.

Primavera, I

Abril ya se despunta
en marzo por las hojas;
ya viene prematuro
borrando las congojas
de otoños que cayeron.

Abril de un año nuevo,
iluso, perfumado,
retama por el monte,
alfalfa por el prado,
de gala el horizonte.

Abril va despertando
lo rosa, oro y pardo,
lo muerto de los campos.
Riendo primaveras
abril viene pasando.

Abril que ya no ven
sus ojos azulados;
abril que ya no sienten
sus adoradas manos;
abril que no respiran
sus ávidos pulmones;
abril sin ilusiones
en un nicho cerrado.

Configurado tiempo

El rayo de luna

Un rayo de luna en el pelo oscuro de un hombre joven
y detrás sosteniéndolo
los acantilados sobre un mar plata de noche.

No sabes cómo se ha quedado prendido del tiempo
y recurre ante tus ojos que lo contemplan siempre
sin terminar de asombrarse.

Tanta blancura no se ha dado más en tu cauce
ni han temblado tus pulsos
con esa dolorosa intensidad de lo perdido.
Pero importa que lo plasmes,
que le des la libertad de cárcel que todo poema conlleva
y que te lances a rescatar su holgura más íntima
que desconoces
aunque en ello te vaya la paz,
esa que tanto cuidas
y te rompas entre tu afán sereno de tierra firme
de continente bien protegido,
asegurado contra el riesgo del mar
y tu sed inaguantable de isla,
de desolada verdad cuesta arriba.

No estarás sola.
Te acompaña un gajo de luz
que pudo haber sido ardor de poema
-hijo de tu sangre en punta-
pero que no lo es aunque te siga fiel
en tu marcha a tientas de la luz.

Elegía de la hierba

La hierba camina sobre el páramo
en un día de sol, roquedas y nubes
en lo alto.
Camina la hierba del brazo
de la brisa.

Camina hermanada a los árboles,
amante de su espacio
entre la luz que brilla
y acaricia su cuerpo,
su fluido cuerpo de látigo.

Camina la hierba
como un mar verde-oro
a punto de verano,
a punto de un tiempo
que corre enloquecido
devorando espacios.

Un tiempo marcado por la hierba,
por la brisa, por los árboles.
Un tiempo de futuros,
un tiempo de ausencias
donde no habrá cantos
ni nubes ni roquedas
ni brisas que lleven a la hierba
de su brazo.

Invención de la luz

Canto

Más alto el amor en este canto de espacio
que copia tu cuerpo azul amando la luz desconocida de los tactos.
Todos tus gestos en este instante
acoplando los valles y las cumbres que vibran
porque tu sangre bulle en la tierra;
tu sangre de río y de guijarro
creando la brisa y la cintura de las hojas al sol
y el labio avaro de los montes
y dentro
la vida creándose más vida,
el movimiento continuo de los siglos
para amar; para poder decir que somos roca o árbol,
polvo olvidado pero enhiesto en los bordes del camino,
para poder decir que somos ansia arbolada de universo.

Necesidad

Y habrá que desatar el cinturón del sueño
y recrearlo todo
como al comienzo del tacto de las almas
como cuando florecieron las risas primeras
que hacían ecos de espuma sobre la playa
y volvían las olas, el azul, las algas

con sus alborotos verdes de agua
y una frescura recién encontrada bullía en las esquinas
de los tactos más jóvenes.

Y habrá que ir subiendo en cúspides todos los sueños
a fuerza de caminar, de senda hacia arriba
con la certeza de saber que vivir
es amar por dentro de la sangre
y que el dolor no es aguijón suave
sino tenaza de espacio en nuestros cuerpos
que piden a gritos no tener espacio
ni hora marcada
sino ese sueño de ser a cada instante sesgo de luz,
inconcreción de ala en vuelo
o perfil de viento en la llanura.

Sí, habrá que inventarlo todo desde el comienzo
de las primeras campanas y los primeros tactos del alma
entre los labios
y dibujar el roce de la luz,
el tibior tímido de la piel en vuelo,
el apasionado abrazo de la voz en ciernes de palabra.

Inventar el amor hasta donde no pueda la luz
ser más luz ni el tacto pueda ser más tacto
que el movimiento en movimiento continuo
o el mar en su infinidad de siempres.

Desde Chanatel, el canto

En Londres, en primavera, yo espero a que las mujeres

I

En Londres, en primavera, yo espero a que las mujeres
aborten a sus orgasmos de marzo que proyectan hacia abril
una pelusilla verde como la de los árboles.

Son mujeres que han nacido igual que yo,
es decir, son árboles que rebrotan sin sentirlo
en esta época del año.
Ellas no han hecho el amor.
Ellas son vírgenes que cara al cielo han bebido la luz
y vienen a Londres desde otros países a dejar aquí
sus tímidos intentos de pasiones,
los hijos,
para que la ciudad, esta ciudad harapienta,
sepa que hay luz en los vientres del mundo
y que sus mujeres extranjeras de Londres
plantan contra el no cielo de Londres sus no hijos de Londres
y que traen aquí la primavera
a cambio de noventa libras y exámenes médicos
y clínicas como hotelitos silenciosos en la campiña inglesa,
la hermosa campiña verde y húmeda donde no corren
los niños en las tardes de juego
y no hay luz;
hotelitos cómodos para el silencioso
fluir de la sangre que no verá nunca la primavera.

II

Yo espero en la sala de visita.
Yo espero en un pub cualquiera.
Yo espero en el museo británico.
Yo espero en una habitación de hotel modesto
a que sean las cuatro de la tarde
y me digan que las mujeres han abortado a sus hijos
y que están dispuestas a volverse cara al cielo,
al cielo de sus respectivos países,
a ver si se produce otra vez el milagro de la primavera
para venir de nuevo a Londres el próximo año
con unas libras más por lo de la inflación
y brotar hacia el no cielo de esta ciudad
esa pelusa verde que simulan en abril los árboles.

III

Sigo pensando en Londres quizás porque soy mujer
o porque creo estar en una habitación de hotel
y cien mujeres, mil mujeres,
un millón de mujeres cara al no cielo de Londres
abren sus piernas de entrega

y los niños corren huidos
en óvulos y semen.
Es primavera. Lo dicen los árboles
y este verde suave del césped
y los colegiales grises como el no cielo de esta ciudad.

Está bullendo la vida. Las abejas hacen el amor.
Y los árboles brotan amorosos.
Y la luz amorosa los abraza.
Y los coches amorosos entrechocan
el ruido incesante de sus motores
y la ciudad oscura se estremece sacando niños
de las esquinas y tirándolos al sol tibio de estos
parques.

Están viviendo muerte,
muriendo vida, óvulos, semen,
penes y vaginas al sol de la primavera.

¡Qué pobre luz entre las manos vacías!

IV

A Londres van mujeres a descargar el semen de sus
pasiones.
El proceso es incómodo y costoso
pero ellas, animosas, van poniendo en los harapos
de la ciudad un río Támesis distinto.
Dejan sus óvulos fecundados
colgando de los árboles
y tienden de la tizne de las casas
las lágrimas medrosas del hijo no deseado.

Yo las he visto en las salas de espera.
Yo las he visto en los sótanos de consulta.
Yo las he visto en los hotelitos de los nursing homes.
Yo las he visto apaleadas por el miedo.
Yo las he visto aliviadas, primaverales, triunfadoras
alejándose del inoportuno semen
y del tenaz óvulo de sus orgasmos.

Escalofríos de placer suenan como una mueca
por las calles de cualquier londres del mundo.

Como quien no dice voz alguna al viento

Ser de la materia

Hoy la materia configura
tacto, ternura, labio;
configura beso,
configura arbolado universo
de amor.

La materia hoy es hombre
en pie de camino,
canto en cumbre y en llanura.

La materia hoy es. Se es, gloriosa,
angustiosamente.

Pero mañana la materia
será un son en pos de ningún canto,
un inerte perfil sin palpito de hombre,
un tacto dulce sin posibilidad de entrega.

Cárcel de la materia

Se dice la palabra
y se toca árbol, llanura o roca.
Es rotundo el espacio de la voz
en la sangre de las horas
y es concreto el tacto del viento
haciéndose son de palabra.

No inventamos el peso y el tacto
sino que están ahí, son el nosotros
que asediamos, tocamos,
modelamos a imagen nuestra.
La materia dice que somos
y deja huellas de que hemos sido:
piedra, libro, brizna de hierba
en algún camino que desconocemos.
La materia nos refleja en su espejo
que tiene la figura exacta
de nuestro cuerpo
y el preciso timbre de nuestros silencios.

La idea se hace cuerpo restallante
en la materia
y el sentimiento es materia
y la sensación de azul o norte
es también glorioso sesgo de brisa
en alguna roca.

La materia es lo que nunca
se deja de tener en ningún ahora.

El pozo

Te paraste a contemplar el pozo.
Era hondo, iluminado
y el agua fluía jubilosamente.
Su hondón fresco, profundo,
acunaba ardores de universo.

Cuando volviste de nuevo en el tiempo
a contemplar el pozo,
las tinieblas habían pasado por sus aguas.
Intentaste caminar sobre el cauce oscurecido
pero la luz era, ya, sólo una humedad densa
que impedía la esperanza.

Retornos sobre la siempre ausencia

Bautizo

Para mi sobrino Jacinto-Ramón

Mis brazos florecían con tu pequeño peso
junto al agua y la sal
que marcaban tu nombre y tu comienzo.
Y te dimos para el camino
el capullo esperanzado de nuestro aliento
y alzamos las copas de la risa
para brindar futuro,
el futuro de ayer que es hoy
juventud y canto;
tu hoy que es tuyo,
la senda por donde discurre tu huella
fuerte y tenaz;
el sendero que estrena
nuestro ayer. Nuestro gesto en tu gesto.
Mis brazos hoy florecen
como si la sal y el agua
bautizara de nuevo al tiempo
y fuéramos niños todos
sonando a primavera y canto,
escalando las horas más altas del ensueño,
coronando puntiagudas cúspides de sol,
elevando la risa a los albores del comienzo.

Y es que floreces tú:
vida joven que abre sendero
y hace camino.
Ansia joven
que anula al tiempo.
Nuestro ayer que se renueva en ti;
tu hoy que siembra surcos
de ese mañana tuyo
que pujará sobre las cumbres
otra luz,
otra sal y otra agua

vencedores, momentáneos, del tiempo.

Renovado diciembre

Para mi sobrino César

Viniste tú, borboteo de risa,
a la mar de la casa
y diciembre se llenó
de otro ritmo, otra gracia
que anulaba al recuerdo
y vestía de luz las estancias vacías.

Brotaste tú como el trigo
ya a punto de cosecha
y fue tu sol el que penetró
su algarabía de vida nueva
por las frías esquinas del hogar.
Y fuiste tú -trigal de luz-
la gloria renovada de otros versos;
otros versos de vida
que iría poniendo tu balbuceo
de niño en mi regazo.

Y fuiste creciendo travesuras de balones
y palabras por las ventanas y las paredes.
Yo, entonces, le di a diciembre,
a aquel diciembre agudo de otros momentos,
un sesgo nuevo, esperanzado, tierno,
porque había irrumpido el borboteo
redondo de tu presencia
en las horas dolidas de otros días
y traías desde tu misterioso origen
un son nuevo de voces y de gestos.
Y fue diciembre el renovado mes
de un dolor que pendía su alegría
en las hondas esquinas del tiempo.

Meditación en torno al castillo de Jadraque

Para Candelas Gala

El aire ondea su negro pájaro
contra las almenas
y las nubes,
esas móviles manos sombreadas
con que la brisa acaricia a los campos,
albergan todo el ayer
en el ritmo de otros cuerpos y otras almas.
Este mar festonea su vaivén
bajo un barco de piedra
que es de siglos y de historia,
de risa y sudores,
de lágrimas y esperanzas.

Hoy en este páramo y altozano
mi canto de isla
no sabe ser barca ni espuma,
ni acantilado ni lava
sino que se vuelve piedra en almena,
en torre,
en patio donde la hierba dice
su silencio de siempre
y donde el eco de otras voces
retumba a pleno sol,
a pleno día,
a pleno pájaro pulsando sus alas
contra el borde de los siglos.
Y, sin embargo, este castillo de honda piedra
es también teide de tiempo,
acantilado contra el que se estrella el embate
del viento,
del mar;
cumbre que resiste al paso de los días,
palabra que deja su son
en el agua inmensa de las horas.
Y es presencia en la ausencia,
vida en pugna
que ancla su pétrea barca en el páramo
y enarbola en el mástil más alto
la infinita bandera del tiempo sucediéndose

ola tras ola contra la playa;
batir incesante del viento en la llanura,
piedra fúlgida resistiendo la erosión de las aguas,
torre y proa avanzando sobre la tierra,
almena y quilla anclando su porfía
en lo alto,
en lo hondo;
castillo y barca del amor,
del amor -de la vida- que no acaba nunca.

En pos del canto

Para Jorge y Teresa Valdivieso

Quizás el canto,
este canto asordado sin fragor de espuma
rompiéndose contra los fúlgidos acantilados
sea, precisamente, eso: sereno ritmo,
silencioso son que susurra apenas
su silabeo blando entre tiernas espigas.
Canto que se supo restallante látigo
de luz sonora en las cumbres
cuando aún la vida fulguraba horizontes.
Canto que fue cascada colorida
de campanas contra la brisa,
cascabeleo de caballos en su devenir de sueños,
abrasante lava en pos de un sólido mar.

Hoy el canto
es apenas esta voz suave
que se filtra silenciosa entre las sílabas
y hace un ruido diminuto, inapreciable,
como si todo su decir
fuera una nube,
algo blando, inexistente,
algo tan nada que no tuviera
ni el mendrugo salvador de la palabra
para afirmar su trazo,
para decir, iluso, su enramada
de horas en algún camino y hacia algún lugar;
algo tan ser, tan siéndose,

que se afirmara,
que gritara que es, que se tiene,
que cumbre enhiesta se mantiene
y lava adentro
es negra roca dura que embiste al mar
como si el mar aún le ofreciera
la raya esperanzada del horizonte
para seguir enarbolando todo el azul,
para erguir su grito-cuchillo de acantilado
contra la luz de ahora,
contra la postrera luz.

El sol, la sombra, en el instante

Su creación

Para mi hermana

Ella te creó, me creó,
con su cuerpo y su desvelo.

Se alzó alta en tu cintura,
frutal y prodigiosa
afanando tus horas con los hijos
de su vientre,
de tu vientre,
con el redondo cuidado de sus gestos,
con los pechos de los astros
y esa entereza de su porte,
ese caminar fresco de su huella
por las veredas compartidas de la infancia.

Ella está en tu mirada,
en las manos con que amasas el pan
de las horas y los afectos,
en las voces de la casa silenciosa,
en las plantas y en las flores,

y en ese rumor apenas perceptible
de mi voz,
en este temblor callado de mi canto,
en estas derrotadas estrellas de mi firmamento.

Ella está. Tú la ves. Yo la veo.
Ella habita de cocina la ternura
y fulge potente su energía
en los sillones, el armario, la mesa,
la mecedora de los sueños
donde briza su dulzura de madre,
su fuerza de mujer entera.

Ella crece de esperanza mi regazo,
se copia en ti, en mí,
ella es la sangre de mis venas,
de tus venas,
que porfía en pie de pugna
caminos hacia adelante,
veredas, atajos y nortes
que nos llevan, que nos llevan.
Es el llevar. El ir. El decir que estamos
con su cuerpo en nuestros cuerpos,
que no nos vence el momento,
que seguimos como ella alborozadas,
enhiestas
en la penumbra de dos mares
o de dos cielos
que no van a ninguna parte,
que no dan ninguna clave
pero que afirman
madre en nosotras,
madre,
mujer
inmensa.

Canto del ser

Para Antonio y Adelaida Martínez

Por el norte, por los sonos, va la luz
confundida entre las sombras sobrias
de las algas
y entre el oscuro latir de la espuma.

Allá adentro está el recodo fijado,
la meta de tanto albor,
la ardorosa desazón de los momentos
desgranados entre las manos.

La luz va.
Va fúlgida o perdida,
titubeante o gloriosa,
va hecha canto claro de clarines
o son asordado de luciérnagas oscuras.
Pero va. Va. Está yendo por los siglos
de las cosas,
por los bordes ocultos del lamento.
Y se pueblan de súbito las esquinas
y se hace esplendor la gruta de los espacios
y las grietas sueldan sus muecas
y se hace lisa la piel del alma.

Un son suave de tibio tacto acaricia las fisuras;
todo es redondo fulgor desnudo.
No hay aristas,
sólo canto iluminado de esperanza.

El trayecto ha sido largo,
lleno de abrojos,
áspero, mordiente, ácido
pero también ha tenido la ondulante
algarabía de los trigos claros de las horas,
la turgencia esplendorosa de las tardes
y el tacto prieto de la pugna en la subida.

Hemos sido y eso basta.
Somos y eso cuenta.
Cuenta, está contando su canto en las cumbres,
su cascabel de sueño,
su cascada de cúspides,
su cima de luz más allá del cosmos.

Somos y sabemos que somos,

que estamos aquí, ahora,
siéndonos
en palabra,
en gesto,
en figura,
en trinos y árboles enhiestos,
en aire,
en viento,
en agua,
en fuego,
en hombro que hombrea su ternura en otro hombro,
en conjunción de cuerpos
que crean otros cuerpos sobre el polvo,
otras ansias alborozadas sobre el tiempo.

No desnacemos.
Nacemos siempre en canto,
nacemos en pincel,
en escorzo,
en palabra.
Nacemos en sueño.
Somos el sueño.
Somos sueño del sueño.

La vida afirmando primaveras sin tiempo,
azul, enhiesta.
La vida nunca vencida.

Canto de vida

Abril
y son los pájaros.
Nardos entre la brisa.
Cielos altos.
Primavera punteando su verano.
Albricias de la blancura.
Sol para el invierno de los tactos.

Luz para el sesgo de los pulsos,
radiante algarabía para los pesados pasos.

Cunde, tiene que cundir,
el ánimo
y subir su brazada de risas por las cumbres,
su alboroto de espuma por los páramos.

La vida tiene que estrenar ahora
toda su fervorosa confianza
y escalar picos y cumbres,
barrancos profundos,
áridos parajes, guijarros.

La vida pugna su porfía
y estrena nuevos recodos,
renovadas esquinas.

Isla en grito

Garfios de lava están desgarrando el aire.
Los cardones gritan.
Sus picudos cuchillos rompen los acantilados.
Chillan los verdes verodes
redondos alaridos que perforan las cumbres.

Vociferan las nubes como algodones fantasmas.
Brama el celeste del cielo
su líquido acero puro.

El mar hinca con afán una y otra vez
su blanco colmillo de espuma
en la piel de la arena.
Las flores rugen sus alucinados colores
-hibiscos, buganvillas, rosas y madre selvas-
contra una isla ausente de gestos.

Un son siniestro corta al sol,
lo despedaza
y caen contra el suelo enloquecido
trozos de luz,
mariposas blancas desaladas,
inocentes risas de niño,

negros pétalos,
oquedades sin fondo.

La palabra intenta el lugar de la ternura,
la brisa salvadora del recuerdo
pero el sol roto y disperso
deja su apenas luz,
su apenas calor,
en resquicios de nieve,
en grutas húmedas,
en áridos parajes sin historia
y se disuelven sus rayos
cegados por palabras que no son,
palabras que no pueden ya ser.

Canto de amor

«¡Oh, llama de amor viva!»

San Juan de la Cruz

Estoy de amor, enamorada.

Altas, señeras cumbres de Anaga,
apuntados tajinastes del Teide,
tabaibas de mis laderas,
arenas negras de mis playas.

Estoy de amor, enamorada.

Enamorada de multicolores hibiscos,
de pimenteras, de retamas,
de cedros y de dragos,
de hondos barrancos de tiempo,
de mudas y fervorosas lavas.

Estoy de amor, enamorada.

Islas de mi isla en punta,
enhiesta sed de mi sed sagrada,
estoy de sed sedienta, abrasada.

Estoy -llama de amor-
de vuestras cumbres sobre la mar,
estoy de amor,
enamorada:

Dadme vosotras vuestra erguida fuerza,
vuestra rotunda presencia en las aguas
para que mi palabra nunca muera,
para que mi voz no se hunda en la nada.

El cielo rutilante del sur

Caídas hasta el negro océano las luciérnagas
rutilantes del sur
bordean nuestro suspendido ir
en flecha de acero por el espacio.
Ni monte, ni llanura, ni río
ni iluminada realidad palpable.
Sólo esta extrañeza oscura del que va
en medio de la noche
-con otros-
despegado del pecho nutricio de la tierra.

Pavor revelador de lo infinito,
lo insólito del ser
fuera del cuerpo.
Solamente los puntos fosforescentes
de las estrellas del sur
y un ensordecedor bramido de motores
desgarrando el silencio tenebroso.

Aquí dentro apiñados respiraciones pausadas,
agitadas, temerosas o plácidas
simulando vida de tierra con caminos, cantos
y ternuras.

Afuera -en el negror apuntalado del espacio-
las fauces eternas del no tiempo
punteando el misterio de lo que no se sabe qué es,
aquello que la palabra no acierta a describir
con forma y color,
con olor y tacto
pero que invade y anula la cáscara de acero
que nos lleva
y en súbito e infinito agrandamiento
cae -rutilante luciérnaga-
en la total inmensidad.

El naranjo frutecido

En una esquina de la inmensa huerta
quedó
solo
el naranjo frutecido de luz
pequeño y apretado
como un sol en mitad de la llanura
del cielo.

Un viento atroz había arrasado
el campo.
Esbeltas palmeras buries yacían
en desmelenadas cabezas.
La risa verde de las pimenteras
congelaba el suelo.
La tierra se comprimía en terrones oscuros
como un parto difícil.

Pero el naranjo pequeño
se erguía silencioso y apretado,
frutecido de esperanza
en medio del desastre.

Por allí había pasado la mano implacable
de un hombre
o de un dios
destruyendo a los recios árboles
robustos y señeros
que sabían de tormentas,

que habían librado con el tiempo
un sinfín de batallas.
Ellos cayeron.
Pero el pobre, temeroso
y diminuto naranjo frutecido
seguía en pie
con sus «frutas redondas y bermejas»
imitando al sol
como si el sol
fuera su cielo y su raíz,
como si la esperanza
no pudiera ser derrotada nunca.

Clarín de amaneceres

En tumultuosos despliegues de momentos
va la vida punteando desatinos:
la piel alzada en claroscuros llantos,
la risa envuelta en asombros repentinos.

Pero hay que seguir aunque la noche avance
con zarpazos imprevistos entre las sombras
y no sepa el ánimo qué acaso brutal
yace escondido entre las oscuras frondas.

Ya no se sabe ya. Ya no se sabe
si algún clarín de aurora está preparando
alguna nota álgida, alguna música
que armonizar pueda el pentagrama del alma.

¿Qué senda hay, qué norte guía?
¿Qué estrella polar su pálido parpadeo
ofrece a este oscuro devaneo
sus besos, esperanzas y alegrías?

Ven tú, clarín de amaneceres,
brote de espuma sobre la negra arena.

¡Que nos salve de nuevo la luz!
¡Que triunfe poderoso el poema!

Arcos triunfales

Arcos triunfales sobre la noche de otro sueño
se yerguen ahora potentes y empeñados
negando que en la batalla se había perdido
el sentimiento,
la luz,
aquel sesgo alborozado de mi verso.

No hubo derrota. No me venció el tiempo
que tuvo otoño entre sus manos
y galopó enloquecido hacia un invierno
duro, devastador.
Todo fue un truco. Un invento
de viejas batallas simuladas por otros gestos

y otras palabras
que no eran mías.
Las mías eran palabras
que cantaban. Cantaban. Cantan.
Palabras que seguirán, mientras yo siga,
cantando entre la noche,
cantando a pleno día,
cantando desde la siempre madrugada de mi verso.

Y ese es el triunfo, el monumento que yergo
con mis manos, desde mi sangre,
desde el hondón de mi poema,
para decir que sí, que fui, que soy,
que estas son mis señas,
mis huellas,
mi única posible identidad para la sombra
y para la luz;
para la brisa suave de los tactos
y para el aguijón agudo de los gritos.

Este es mi triunfo:
palabra siempre viva,
palabra siempre en ciernes.

Trasterrado marzo

Mi presencia

«Hay placeres, hay pesares,
hay glorias, hay mil dolores»

Canción Florencia del Pinar (siglo XV)

Clareo amaneceres por la casa:
sobre el sillón medito las palabras,
en la ducha intento la alegría
de un agua diáfana que alboree
la piel del sueño.
En la cocina
pongo azafrán de fuego
al guiso esperanzado de las horas
y preparo un mantel tan blanco,
tan sin arrugas,
como si al ánimo no lo hubieran
prendido de alfileres
y pudiera cantar.
Traigo rosas de octubre
a los jarrones
y un aire dulce y suave
invade el silencio de la casa.
No hay nadie que me diga
que hay vacío,
que hay holguras.
La casa está llena, plena,
rumorosamente habitada
y yo paseo por sus suelos,
tanteo el cristal de sus ventanas,
acaricio sus calladas paredes,
me deslizo tiernamente por los muebles,
 abro todos los grifos
 y los oigo desgranar su agua clara.
Enciendo las lámparas

y la luz mansamente se sienta
entre las cosas,
se posa suave sobre las palmas de mis manos.
Prendo la radio y se golpean las voces
anónimas contra el aire.
Del televisor -ahora vivo- salen cuerpos,
objetos, raros ritmos,
signos de colores,
un alcanfor de luces,
una pestaña oscura de niebla,
un ronquido absurdo de siglos extraños.

Estoy aquí.
Estoy en este titubeante tumulto
de tétricos tules
que ondean su gasa sobre el sueño
y me envuelve en sus celajes de escarcha.
Aquí estoy ahora.
Aquí estaré después: presencia sin su siempre como un río.

Aún hay tiempo

«Busca en el natural y si supieres
buscarlo, hallarás cuanto busques;
no te canse mirarlo, y lo que vieres
conserva en los diseños que sacares»

De la imitación de la naturaleza
Pablo de Céspedes (1538-1591)
A Javier Peñas-Bermejo y Gena Johnson

El sol cansado de poniente
camina entre el encaje seco e invernal
de los árboles.
Desde el coche, a ratos,
lo veo inmóvil,
hermosa calabaza
sobre el horizonte.
El cielo suave y tierno

con su piel de talco de bebé,
se sonroja de múltiples violetas,
azules, naranjas y algún atrevido verde.

No parece que el sol quisiera irse
a ninguna parte
aunque entre las rayas de la tarde
un gris plomizo anda como escondido
buscando montar al potro negro de la noche.

Es de necesidad que el sol se vaya
y deje a las estrellas su diminuta
risa
y a la luna su gancho de
pregunta
que crece lentamente.

Ya está. Se ha ido
quizás por yo quererlo captar entre palabras.
Dejó de festonear su oro entre los árboles
de invierno.

Esperaremos.
La luna, las estrellas, el negro de la noche
tardarán aún en venir.

Queda un resquicio de luz.

Aún hay tiempo.

La catedral

«...e fue maravillosa cosa
que de la espina salió la rosa»

Vida de Sta. María Egipciaca (siglo XIII)

Déjala que de pie la cumbre busque
alzándose en la punta de su sueño
desasida de todos y sin dueño:
túmpano, dintel, basamento y fuste.

Esta arquitectura de su ser siéndose
pórtico de días y arcos de noche
no tiene otro sillar que este derroche
de vieja piedra que está muriéndose.

Muriéndose, cimborrio en la altura
de una encristalada catedral gótica
que afinca su recia musculatura
creyendo que se talla en la albura
de una mítica isla exótica
donde está la luz libando dulzura.

Segundo autorretrato

«Un retrato me has pedido»

Retrato Catalina Clara Ramírez de Guzmán (1611-¿1670?)

La nutriente sangre
fue la de los padres
en el desnudo alborozo del compartido deseo.

La guía,
el maestro,
a cuyo cuidado creció el abecedario
de la palabra
y la voz,
fue el padre.

La madre fue el canto,
el regazo acompasado de las horas,
la mujer que se copió entera
en mi materia
y dio paso, sazón,
y gloria de cuerpo de mujer
a mi cuerpo.

Fueron ellos los que enracimaron
de luz mis sueños
en el cuenco tibio y protector del hogar.

Sus gestos, sin yo saberlo,
moldeaban los míos
y la isla toda era lumbre y cumbre
porque ellos eran el tajinaste
y la lava;
el hibisco
y la zahorra,
la retama
y el picón.

Tierra y mar fue mi origen
-mis padres-
que enlazaron su canto de amor
-de vida-
para que brotara yo:
isla en pie de pugna,
palabra alucinada de siglos,
titubeante misterio de voz
prieta siempre de preguntas.

Momento

«de arriba nos viene virtud y potencia»

Los doce triunfos de los doce apóstoles
Juan Padilla «El Cartujano» (1468-1522)

Tictac de reloj en la mañana
aún cálida
de noviembre.
Confusos ruidos se filtran por las ventanas
y hacen su nido sonoro en la casa.
La calma,
imperceptiblemente azul,
ha aposentado su sereno ser
en los resquicios de los ánimos.
La voz
perdida en los recodos de sí misma,
oye a lo lejos,
en lo cósmico,
su raro decir, su legendaria habla.

Todo está en orden.
En su sitio el rumor.
En su lugar el ansia.
Y el misterio
dormido
-como siempre-

en el velado abismo de la palabra.

Sol mañanero

«Marcio avié grant priessa de sus viñas lavrar
priessa con podadores e priessa de cavar;
los días e las noches fazielos iguar,
face aves e bestias en celo entrar».

«Descripción de los meses», Libro de Alexandre (siglo XIII)

Un sol tierno, niño, mañanero
trae hoy a marzo de su mano.
Es un sol naciente, un vilano
que danza alegremente por el cielo.

Mi mes llega este año ligero,
sembrando en el surco tempranero
restallante de luz, ágil y sano,
lo que será trigo en el granero.

Si aún me queda algún marzo lisonjero
que estremezca con su sol a mi sangre
y me diga de su fuego que aún arde

yo quisiera que ese marzo en mi alero
tuviera recuerdos, voz y palabra
que olieran a trigo, a sol, a madre.

Las hojas amarillas de la morera

«Mas el alma, como niña
que la regalan y acallan,
en lugar de alegres risas
se convierte en vivas aguas»

Romance Sor María de la Antigua (1566-1617)

Un aire suave, triste,
 desprende de la morera del jardín
las hojas amarillas
 que se adentran sigilosamente
como un tenue fulgor de oro
por la casa.
Su luz,
tamizada,
se acurruca un momento silenciosa
 en los sillones de la sala
y luego trepa imperceptiblemente
por las alfombras
parándose, transparente, entre las cortinas
para seguir, después, con su apenas tibior de lumbre

por todas las estancias del hogar.

Al guiso que en la cocina borbotea esperanzado
le añade una nota dulce y casi nostálgica.
En las camas ribetea los embozos
de un olor y sabor a madre.
Por el estudio, entre los libros,
en el severo escritorio,
en las páginas del cuaderno de versos,
 va dejando un leve gesto
de ausencia,
una tenue ternura que se mete
entre la pluma y el papel
invadiendo lentamente
cada vocal
y cada consonante.

Se diría que las amarillentas hojas
que han vestido de otoño a la morera del jardín
han debido sentir no sé qué soledad vegetal,
no sé qué antiguo rumor,
no sé qué yerto y misterioso escalofrío
y por eso quizás
han entrado en la casa
buscando algún calor,
alguna salvadora presencia,
alguna luz familiar,
 honda,
 cercana.

Adelfas blancas

«Y rrasón muy granada
se dise en pocos versos»

Proverbios
Sem Tob (¿1290-1369?)

Blancas en este amanecer de mayo
las adelfas
bordean de luna el camino.
Ocultos los astros sueñan.
Cósmicos devienen los sentidos.

El paso no tiene norte preciso.
Van a su ritmo de plata las cosas.
Fríos cometas inmensos
trazan sus flechas certeras
en el infinito.
Y hasta el sol -girasol celeste-
oculta su fuego
y es un río de hielo su curso.

No existen ni sendas
ni huellas de pasos que sean
o hayan sido.
Un témpano de frío desfleca
sus flácidos bordes sobre el abismo.

Amanecer con pájaros

«celos me da un pajarillo,
que remontándose al cielo,
tanto en sí mismo se excede,
que deja burlado al viento»

El pajarillo
Sor Gregoria Francisca de Sta. Teresa (1653-1736)

¿Qué se estarán gozosamente
diciendo en este amanecer de marzo los pájaros?
Trinan jubilosos sus arabescos sonoros
contra el claro azul del aire
como acompañando a la luz insólita
-siempre insólita-

de una recién nacida aurora.

Se sabe que la primavera está ya
a punto de capullo,
que en la brisa tibia de los días
los naranjos
esparcen la miel de su azahar,
que el jazmín,
esa blancura pequeña que dijo el poeta,
enreda a la ventana de la sala
su soleada dulzura,
que las rosas preparan entre sus tiernas hojas
la sorpresa repetida
de sus multicolores pétalos,
que en cualquier resquicio de camino,
jardín o monte,
insignificantemente gloriosas
las flores silvestres dicen de su canto
como si de pronto
la tierra,
ese perdido globo azul y blanco en la distancia,
echara a cantar a la mitad de su cuerpo
mientras la otra mitad se prepara
con lentitud de oros, rojos y ocre
a dormir el breve sueño del invierno.

Los pájaros
quizás hablen de su viaje de sur a norte,
de su insistente ir y venir
buscando la primavera.
Tal vez es que los pájaros
sólo quieren bañarse siempre
en la luz,
quizás su cantarina charla
sea su forma
de afirmar la vida
que nace cada mañana.

Definitivamente,
los pájaros son la primavera.

Gino y Spec

La niebla algodona el camino
por donde voy esta mañana
con mis perros.
Siento su estambre frío sobre mi cuerpo
y huelo el delicado sabor
de la tierra mojada.
Gino y Spec, esos hermosos seres
todo algarabía y calor de sueños,
saltan entre las hierbas blancas de escarcha.
Yo los contemplo en su elemental
alegría armoniosa
como el girar del planeta,
y ellos corren seguros por los senderos.
A veces, se paran para ver
si sigo su trayecto.

Son seres felices
Gino y Spec
porque saben de mi amor por ellos.

Ebriedad de abril

A Violeta, Richard, Ian y Marina

Ebrio de luz, abril
refulge
por la casa cansada de febreros sin fin.
Danza parloteante y sonoro
en los sillones dormidos,
escala las lámparas
y pone en sus bujías
un renovado fulgor.
Se adentra certero en las estancias
resignadas a los fríos de enero
y las calienta por dentro

con un tibior puro
y fuerte.

Al cuarto donde el sueño
ha dejado ya de soñar,
le dice de renacidos empeños,
de futuras alegrías que llegarán.

En el estudio donde el ordenador
con su rectangular ojo indiferente
va llenando de datos el aire,
aureola caricias tibias
con sus grandes manos de luz.
Y a los libros, abiertos algunos
en una perdida página
y otros cerrados y mudos
como el tiempo,
los va nimbando,
con un cuidado casi materno,
de una temprana ternura solar.

La luz de abril
palpita,
fulge,
canta
en la casa toda iluminada
con tal claridad
y dulzura
que hasta los gorriones nerviosos
de primavera
que ya inundan el jardín
lumínicos en su aire transparente,
invaden
las paredes,
las puertas,
las ventanas
y abraza
-sol y son-
todo el ámbito.

Están llorando quedamente los árboles.
Sobre el suelo van posándose
-rojas y oro-
 las lágrimas.
La brisa las avienta suavemente
 para oír como suspiran
su seco esplendor de otoño.

Gino y Spec miran con asombro,
huelen,
caminan quizás maravillados
de que sus pies crujan
sobre un suelo tamizado de hojas.
Ellos no saben que los árboles
lloran cada otoño
su desnudez
y que en primavera
 -siempre en primavera-
 se ríen verdes y tiernos
 con botones de nuevas
esperanzas.

Yo les explico a Gino y a Spec el milagro del tiempo.
Ellos me miran con sus ojos atentos
 y sus húmedas lenguas rosadas
y jadeantes.
Me miran
y cantan,
quiero decir,
ladran.

Muerte: 24 de junio de 2001

El golpe
brutal.
Las palabras
ciegas,
sordas,
incapaces,
desvanecidas.
Spec
inmóvil,

muerto,
con toda la muerte
 congelando sus gestos,
abrazando su cuerpo
ya
sin
vida.
Su cuerpo, su gesto:
nido
y amparo
de mi desgarrada
ternura.

Torres gemelas

Con el rabo tenso
y los pasos algodonosos y cautos,
Gino se va acercando
precaidamente
al gato que atento le observa.

De pronto
Gino se para,
mira alrededor
quizás calculando qué debe hacer.

El gato lo contempla
 en apariencia tranquilo
pero, en el fondo, expectante.

¿Atacará Gino?

¿Se defenderá o huirá el gato?

Apago la televisión.
No quiero saber
 quién atacará a quién,
ni cuántos muertos más
se sumarán
a los de esas torres que fueron torres

y fueron gemelas
y ahora son
ceniza,
 polvo,
 dolor sobre la tierra.

Ternura

A Olgierda Furmanek

Recién salido de la peluquería,
 perfumado
 y suave como un bebé,
Gino descansa
estirado,
cuan largo es,
sobre el sofá de la sala.
 Me acerco silenciosamente
y sé que nota mi presencia
 porque mueve leve las orejas.
Le paso una y otra vez
 delicadamente
la mano sobre el lomo
 tibio y sedoso.
No se inmuta
 pero la ternura
 lo invade en ondas tan sutiles
como la brisa
 acogedora de esta mañana
de agosto
y sé que él sabe
 que mi poema de luz
se hace en su cuerpecillo
 gesto acunador
 que intenta protegerlo
 del paso implacable
del tiempo.

Desde el estatismo
 del congelado gesto de la foto,
 Spec

nos mira...
me acerco a él
y lo beso,
es decir, beso la satinada cartulina
de su ausencia.
Gino gira hacia nosotros
la cabeza
como si él también quisiera
participar de la caricia.
Vuelvo al sofá,
me acuesto contra
su tibio lomo
y lo acurruco entre mis pechos.
La soledad de la sala
nos mece
con un hálito
maternal,
antiguo
y
eterno.

Las manos vacías

A Carmen Romig. A Brandy.

Las manos
modelan
las puntiagudas orejas,
la curvatura del lomo,
la suavidad acariciadora del pelo,
el calor acogedor del cuerpo.

Las manos modelan
las repetidas caricias
de otros tiempos
y el hogar se llena
de gestos dulces,
de pausados pasos,
de hondos suspiros de gozo,
de cálidos ladridos de agradecimiento.

Un bullicio claro,
sano,
fuerte,
invade las horas.
Una alegría
segura y cierta
se asienta complacida
 en la casa.
Suena a presencia.
Suena a
Spec
habitando con sus irrepetibles gestos
 sus sitios favoritos:
junto a la chimenea,
 en el sofá de la sala,
 al lado del ordenador,
 adormilado en su lecho.

Spec parece habitarlo todo
en este momento
pero...
abro los ojos
y veo cómo mis manos palmotean
perdidas
su definitiva ausencia
 contra el viento.

Aliados y desaliados

A Héctor Mario Cavallari

Gino se para en seco
al borde del camino:
 el cuerpo tenso,
 el rabo tieso,
 la pata delantera derecha
en el aire
y la cabeza gris
-toda atención-
ladeada hacia el lado diestro.

Mira como si viera algo
que yo no veo.
Espero.
Gino está atento
ante el oculto enemigo
bajo la hierba.
«Vámonos -le digo-,
que aquí no hay armas
de destrucción masiva.
No quieras lanzar
con tu nuevo zarpazo
ninguna hiroshima,
ninguna nagasaki».

¡Ah, si a todos esos hombres
importantes
que hacen las guerras
se les pudiera tirar de la correa
como a Gino
y obedecieran!...

La guerra no ha terminado

Para ese matrimonio del pueblo de Hilah (Irak) cuyos seis
niños fueron acibillados a muerte...

Alegremente.
Triunfalmente.
Un hombre con nombre de matorral proclama:
«la guerra ha terminado»
y en todos los sitios
ondean,
blancas, azules y rojas,
las telas
que declaran esta dudosa victoria.

Atrás quedan,
sucios,
rotos,
sangrantes,

inertes,
 cuajados en un rocío
de arena y pólvora,
voces,
gestos,
ternuras,
esperanzas
que hace poco fueron
proyectos de futuro.

Para estos bultos informes
de muerte
no hay banderolas
de vivos colores,
ni discursos,
ni risas,
ni celebraciones.

No hay
-niños, mujeres, ancianos, jóvenes-
no hay
para ellos
ninguna vida.

Su absurda
victoria
es el vacío de la muerte.

Fantasía

Spec, Gino y yo
 (azules, amarillos, rojos, verdes)
corremos
por un campo encendido de girasoles
bajo la mirada
aguda y multicolor
del loco visionario de Van Gogh.
A lo lejos,
con milimétrica precisión
el Bosco deletrea
en fantásticas visiones
 la humana condición.

Majestuosamente
con la cruz de Santiago
brillándole en el pecho
Velázquez
-pincel y paleta en mano-
proclama
la gloria del arte.

Spec y Gino
-algodonados en una tibieza azul-
me miran.
Frente a nosotros:
el pan crujiente recién salido del horno,
los melocotones rosados y vellosos,
la brillante jarra del vino
de Zurbarán,
nos invitan al festín del cuerpo.

Más allá,
ascendente,
sobrevolamos
la pureza angelical,
azul y blanca
de Murillo.
Diríase que
nuestros cuerpos
-espíritus ya-
sobrepasan los límites.
Pero no,
rotundamente contundentes
los mamelucos
-todo sables y airados caballos-
tiñen de sangre
las calles de cualquier Madrid del mundo.

La sorda ira de Goya
se enardece
y brutal, descoyuntado,
Saturno devora a su hijo
y un perro se hunde en el horizonte
mientras el macho cabrío
danza frenético.

Spec, Gino y yo
pedimos una tregua...
El sosiego del hogar

nos inunda
con la calma de Vermeer.
Los vaporosos niños de Reynolds nos acompañan
y en la Pietà de Miguel Ángel
descansamos nuestro cuidado.
Pero esto es apenas un respiro.
En la distancia,
disparatados, distorsionados, enloquecidos,
hombres y animales
gritan su angustia:
una airada mano se alza
gris y blanca,
un ojo nos mira,
un toro aúlla
su bomba de Guernica sobre las conciencias.
De la profunda mirada de Picasso
van saliendo
tristes y azulados.
alegres y rosáceos,
carnosos y monumentales,
los cuerpos,
los rostros
de hombres, mujeres y niños.

Spec, Gino y yo
nos miramos.
Sí, es la mirada,
la mirada que ausculta,
penetra,
ahonda
en este ser y este estar de los siglos,
es la mirada que no tiene tiempo,
que se desmadeja
en los relojes flácidos de Dalí
y se yergue femenina, detallista,
vivificante,
en la cesta de mimbre
de Carmen Laffón.

Spec, Gino y yo
lo sabemos:
en la nota,
en la palabra,
en el pincel
y en el cincel
hemos estado,
estamos,
estaremos

y eso nos justifica
y nos salva.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

